

De la infancia de García Lorca

Cuando don Vicente Domínguez arrendó LAS BALBUENAS a un granadino, tío de Federico, continuó mi padre regentando el cortijo de Vicentito, como el autor de mis días llamaba al acaudalado propietario, por haberlo visto en pañales. LAS BALBUENAS se llamaba y seguirá llamándose una de las más grandes y mejores cortijadas ecijanas, cuyas fecundísimas tierras, por un lado, besaban el término municipal de Palma de Río y, por el otro extremo, lamían las paredes de un pueblecito denominado Fuente Carretero, desde donde bajaban sus terrenos, al ar gá nd ose

hasta la mismísima orilla del Genil, junto al que se levantaba la opulentísima cortijada, entre la cual y el río, una frondosa espesura de muy variada arboleda frutal circundaba a otro más pequeño, pero más rico y bonito edificio, llamado EL SENORIO, porque lujosamente amueblado, estaba vedado para toda persona que no fueran los dueños o, en su ausencia, mi padre. En EL SENORIO DE LAS BALBUENAS, pequeño palacio independiente del vasto caserío, visitaba a mi padre el granadino arrendatario, quién me ofreció traerme un amiguito, sobrino suyo más pequeño

que yo, pero que también hacía coplas, como yo, según el decir de su tío.

Con el bochorno del verano, llegó el sobrinito del granadino, que me pareció más tonto que un esparadrápalo en la frente, porque no tenía picardía ni para engañar a un melocotón. Hasta los zagalillos del cortijo se burlaban del señorín Federico, de quienes me vi obligado a defenderlo en sus mayores apuros, porque, algunas veces, lo trillaban con el rulo de sus zapatones, como a una gavilla de avena. El agujón de su ingenio tampoco se me antojaba tan afilado, como su tío me exageraba: ¡Tanto me lo había ponderado que ¡superlativa equivocación! encontraba apagado su aliciente...!

Ni su iniciativa rayaba a ninguna distancia ni, como poeta, se levantaba dos palmos. Para mí representaba lo que una calamidad con todas sus consecuencias. ¡Una birria vestida de ilusiones!

Pero se aproximaba el estrellamiento de mis conceptos, como se estrellaron sobre el suelo los huevos que a una golondrina se le cayeron del nido.

Una poesía de Vital Aza, tan graciosa como

Arca de devoción

*¡Qué viento fiel donde es seguro cielo
Tu huella está callada y decidida,
Oh, ferviente promesa ya encendida,
Entre las esperanzas de mi anhelo!
Recta espesura, efigie de desvelo
De nuestra edad ansiosa, bella herida,
Tan fértil que convierte en dulce vida
Tu presencia entregada a mi consuelo.
Como vibrante tenuidad, en calma
Todo el hondo deseo en un momento
Fijo al cuerpo de aurora transparente.
En volandas entra luz refulgente
Como un sueño celeste, porque siento
Un suave bienestar en toda el alma.*

Mario ANGEL MARRODAN

todas las del poeta de Pola de Lena, me con-
gració con el chiquillo. Como por aquel enton-
ces hacían furor en el teatro las obras "EL
SOLDADO DE SAN
MARCIAL" y "LA
PASIONARIA", de
Leopoldo Cano, "EL
GRAN GALEOTO", de
Echegaray, "EL SOM-
BRERO DE TRES PI-
COS", no recuerdo si
de Vital Aza o de Pe-
dro Antonio de Alarcón
y otras por el mismo es-
tilo, mi afición apunta-
ba al teatro de tal ma-
nera, que me propuse
escenificar, alargándola
hasta la exageración,
con mi propia cosecha,
la mencionada poesía
del referido asturiano.

que aludía a las imper-
tencias de un gorrón.

Atareado con estos
menesteres, solicité la
colaboración de Fede-
rico, más que por la
ayuda que pudiera pres-
tarme, por sondear su
verdadera capacidad, re-
sultándome de tan pro-
vechosa utilidad que, en
pocas semanas, redon-
deamos los tres actos
de "EL GORRÓN",
para cuyo estreno, que
tuvo lugar en un corra-
lón de Fuente Carrete-
ro, requerimos la pre-
sencia de unos amigos
de Ecija, que el mismo
don Vicente nos trajo
en su coche.

Las gentes de Fuente
Carretero nos recibieron
de punta, porque no es-

peraban ninguna efica-
cia de lo urdido por
unos chiquillos tan tier-
nos como nosotros, pe-
ro la popularidad de
Vital Aza despertó la
curiosidad en el pueblo
que abarrotó el corra-
lón habilitado para el
caso, a expensas del se-
ñor don Vicente Do-
minguez que, en honor
a la verdad, recogió el
doble de lo por él gas-
tado, porque, en vista
del resultado se repitió
la función dos noches
más.

Así se unieron, en
aquella ocasión, al cé-
lebre nombre del ya fa-
necido Vital Aza, los de-
dos pequeños chiquillos
llamados Federico Ger-
cía Lorca y M. OSTOS
GABELLA.

APARTA LOS OJOS

Por Laura Regueiro



¿Qué embrujo me dan esos ojos, tan negros
como un desengaño? ¿Qué embrujo me dan,
que cuando me miran de cerca, riendo,
siento un fuego intenso mi pecho abrasar?

¡No me mires tanto, querida brujita!
Cierra ya esos ojos, porque tengo miedo
de olvidarlo todo, por probar la dicha,
de robarle a tus ojos un beso.

Aparta los ojos, porque mis pupilas
evitar no puedo, que se hundan en ellos..
¡No me mires tanto...!, ¡déjame, chiquilla!
Aparta esos ojos, que les tengo miedo...

Así me dijiste cuando mis pupilas,
fijas en las tuyas, te decían mis sueños.
Me sentí hechizada y ebria de dicha,
sin hacerte caso, te miré riendo...

